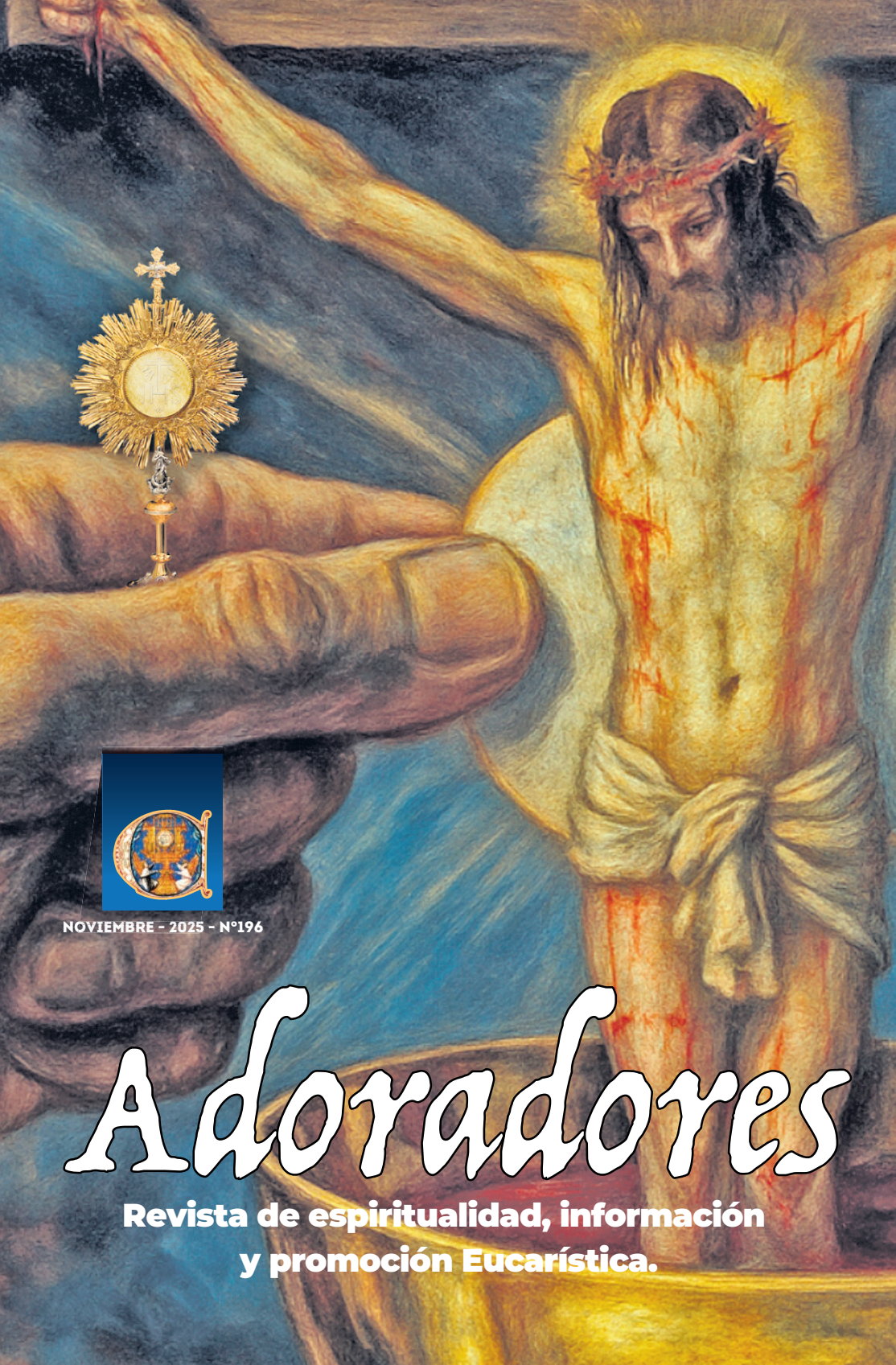
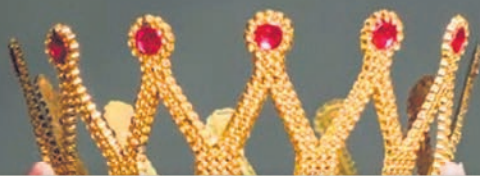




NOVIEMBRE - 2025 - N°196

Adoradores

**Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.**



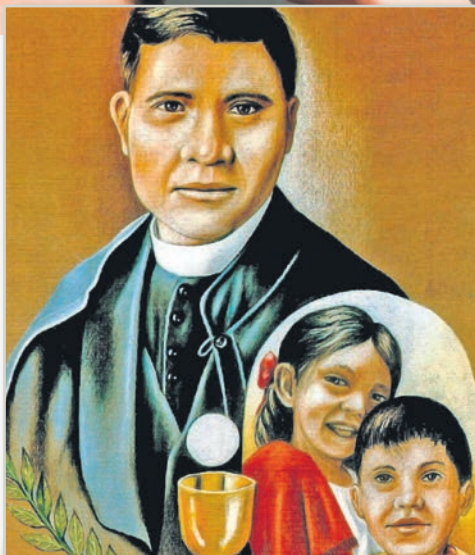
La virtud en Cristo

Jesucristo es modelo, gracia y fin de toda santidad. Pag 12 y 13



Mi mirada en el Sagrario

Miro al Sagrado Corazón de Jesús en el Sagrario como un sol que irradia luz, calor y vida del cielo... Pags 16 a 18



Santo eucarístico y mártir

San Pedro Esqueda Ramírez: de la Eucaristía extraía su fortaleza y aliento, y lo transmitió a los niños. Pag 20 y 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carolosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Vivir el Adviento

Preparemos nuestra alma para la venida de nuestro Señor Jesucristo con tanta solicitud como si hubiera Él de venir nuevamente al mundo.

Llega, amadísimos hermanos, aquel tiempo tan importante y solemne, que, como dice el Espíritu Santo, es tiempo favorable, día de la salvación, de la paz y de la reconciliación; el tiempo que tan ardientemente desearon los patriarcas y profetas y que fue objeto de tantos suspiros y anhelos; el tiempo que Simeón vio lleno de alegría, que la Iglesia celebra solemnemente y que también nosotros debemos vivir en todo momento con fervor, alabando y dando gracias al Padre eterno por la misericordia que en este misterio nos ha manifestado. El Padre, por su inmenso amor hacia nosotros, pecadores, nos envió a su Hijo único, para librarnos de la tiranía y del poder del demonio, invitarnos al cielo e introducirnos en lo más profundo de los misterios de su reino, manifestarnos la verdad, enseñarnos la honestidad de costumbres, comunicarnos el germen de las virtudes, enriquecernos con los tesoros de su gracia y hacernos sus hijos adoptivos y herederos de la vida eterna.



La Iglesia celebra cada año el misterio de este amor tan grande hacia nosotros, exhortándonos a tenerlo siempre presente. A la vez nos enseña que la venida de Cristo no sólo aprovechó a los que vivían en el tiempo del Salvador, sino que su eficacia continúa, y aún hoy se nos comunica si queremos recibir, mediante la fe y los sacramentos, la gracia que él nos prometió, y si ordenamos nuestra conducta conforme a sus mandamientos.

Así como Cristo vino una vez al mundo en la carne, de la misma manera está dispuesto a volver en cualquier momento, para habitar espiritualmente en nuestra alma con la abundancia de sus gracias, si nosotros, por nuestra parte, quitamos todo obstáculo. (De las cartas pastorales de san Carlos Borromeo, obispo)



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



ADORADORES

Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo

honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias

sobre todo por haberme

redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante

el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por

protector a san José,

tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel

de mi guarda.

Por haberme conservado

hasta ahora la vida para

hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte

y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.



Inagotable misericordia



“Si han bajado, vuelvan a subir con humilde y arrepentida confianza”. Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

“...la verdadera humildad vuela hacia Dios con las alas de la confianza”.

La misericordia de Dios para el hombre es infinita. Nunca se agota, ni se puede agotar con nuestras ingratitudes. Nunca se cansa ni desespera jamás. Perdona siempre y lo perdona todo. Aun cuando el crimen sea patente, dice: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34).

Nos persigue

Cuando la rechazamos o la maltratamos, muestra mayor empeño por favorecernos; nos persigue y nos quiere vencer a pesar de todo: “Judas, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?... ¡Amigo!” (Mt 26, 50). Nunca serán nuestros pecados tan grandes como la misericordia de Dios. Con todo, hay un vicio, que no puede vencer, contra el cual nada puede, es el orgullo por los dones sobrenaturales, con el que a

sabiendas rechaza uno la bondad divina y se mata.

La desesperación

Llenas están las Sagradas Escrituras de testimonios de la divina misericordia, y aun Dios los ha multiplicado expresamente por ser grande la necesidad que de ellos tenemos. El pecador desespera como necesariamente: esta desesperación es un efecto que sigue siempre al placer del pecado, efecto harto más cierto que el placer. Adán y Eva cuando huyen y ponen en duda la divina misericordia, Caín cuando la niega exclamando: “Mi pecado es demasiado grande para que pueda ser perdonado” (Gn 4, 13), son los tipos del pecador, después de la falta. El haber sido infiel induce a desesperar, y lo que impide a la mayor parte de los pe-



cadorez convertirse, dejándolo siempre para más tarde, es la desesperación. ¡Es imposible que se me perdone; he ofendido demasiado a Dios!, se dicen. Pero el día que lloren estarán convertidos.

La pérdida de la piedad

Y la piedad ¿por qué cae? Cae también por desesperación. Se desanima uno al ver las caídas, que se ha fracasado, que la cosa no sale como se deseaba. El demonio siembra la desconfianza, porque tal es su mejor secreto, para penetrar en el alma y arruinarla. Pero que jamás se enseñoree de ustedes este sentimiento. ¡Cómo! ¿Van a dudar de la misericordia de Dios? Nunca.

Si han bajado, vuelvan a subir con humilde y arrepentida confianza. La humildad que quiere continuar en el fango no es sino orgullo humillado y despedido, porque la verdadera humildad vuela hacia Dios con alas de la confianza; “Oratio humilis nubes penetrabit” (La oración humilde penetrará las nubes) (Ecl 35, 21).

Tomarlo por el corazón

Cuanto más piadosos y naturales sean, tanto más sentirán la tentación del desaliento. Siempre queda uno pegado a sí mismo; se tiene miedo de echarse en brazos de Dios. ¿Quieren hacer un acto de contrición? No bajen al infierno para ver su sitio, sino que hagan un acto de fe en la misericordia de Dios. Consideren a Dios por donde más fácilmente se deja vencer; consideren sus entrañas de misericordia,

su corazón. Un hombre a quien se toma por el lado más sensible da toda su fortuna y aún más. Muestren a Dios que su gloria está en usar de misericordia con ustedes, que no podrá ejercitar su misericordia mejor que con ustedes, que les será deudor de su victoria y de su obra maestra; tomen a Dios por su corazón.

Hasta los más santos

Creía yo que según iba el alma acercándose a Dios, dejaba de sentir las tentaciones de desesperación, y llegada ya muy cerca, se asentaba en la perfecta confianza; más san Alfonso de Liguorio dice que Dios envía tentaciones aun a los santos, y que estas tentaciones son contra la fe, la confianza, la castidad y el confesor, representante visible de Dios para el alma, y es mucha verdad.

¿Por qué las tentaciones?

Estas tentaciones son horribles, y Dios las levanta para que suba el alma al grado supremo de la confianza, en alas de una fe desnuda, fundada sobre su sola palabra. Cuando uno va acercándose a Dios y la vida se purifica y se transforma, mayormente cuando está en vísperas del término para trocarse en vida del cielo y de felicidad, no hay virtud que no acuse; los pecados adquieren proporciones exorbitantes a los ojos del alma, y en los propios actos no se ven más que defectos. Todo conspira contra la confianza y misericordia divinas. (Continúa en las siguientes páginas)



Perdona y restituye

Tan grande es la misericordia de Dios que no solo nos da su perdón, sino que también nos enaltece.

Miren cómo perdona Dios. Por cierto, que no lo hace como los hombres. Perdonando el hombre, causa vergüenza: el temor de la vergüenza impide al niño pedir perdón. En cambio, Dios perdona con bondad y su perdón es gracia que rehabilita, purifica, santifica y embellece. Ser perdonado y ser santo es un mismo acto, pues en un instante devuelve el perdón la vestidura de hijos, la túnica blanca, y de esta suerte, aunque se rebaje uno, es para que al punto sea levantado por la misericordia.

No se cansa de perdonar

Los hombres se cansan de perdonar, son más severos con los reincidentes y ponen más condiciones, mientras que Dios parece tanto más misericordioso cuanto más perdona. Los grandes pecadores que a Él vuelven son sus mayores amigos. Vino por los enfermos y por un pecador deja a los ángeles. Con tal que pongamos confianza y humildad en la confesión, seguros estamos de que seremos bien acogidos.

Perdona para siempre

Perdona por completo y para siempre. Dice la Escritura que echa nuestros pecados por detrás y los sumerge en la mar. En el baño de su misericor-

dia la escarlata de los crímenes se trueca en nívea blancura de la inocencia. Nunca más aparecerán para acusarnos, pues me place el parecer de muchos teólogos, según los cuales no serán descubiertos ni en el día del último juicio, por haber dicho el Señor: “Se los perdonaré y nunca más me acordaré de ellos” (Jer 31, 34). Mas hay que alcanzar perdón perfecto y tener cuidado de no guardar resabios de pecado.

Nos restablece

Tratándose de los hombres se paga el perdón con un castigo, cuando menos con la pérdida de la posición y del honor civil, mientras que Jesucristo nos devuelve todos los honores y nos restablece en todos nuestros derechos, como antes del pecado, según se vio en san Pedro, a quien confirmó después de su caída en el cargo de pastor supremo.

Nos ennoblece

Perdonando ennoblece. Trueca a Magdalena pecadora en heroína del amor sobrenatural y le dirige públicamente el elogio más hermoso que Dios puede dirigir. “Me ha amado mucho”. Se humilla a Sí mismo para que la pecadora no quede corrida; no le hace pregunta alguna sobre su cri-



“Perdona por completo y para siempre. Dice la Escritura que echa nuestros pecados por detrás y los sumerge en la mar”..

men, pero sí acusa a sus acusadores: “¿Dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?” La pone sobre todos: “Vete y no peques más” (Jn 8, 10-11). Es así que el Señor, de pecadores hace príncipes de su misericordia y de su amor, como puede verse en san Mateo y san Pablo, entre muchos otros.

Necesita perdonar

¿Cómo es posible desesperarse viendo todo esto? Tengan bien sabido que para nuestro Señor es una necesidad el perdonar. Su corazón sentiría muchísimo si tuviera que condenarnos; llora por nosotros, y la misericordia le dilata y le alivia cuando nos perdona. Si nuestro Señor pudiera sufrir, sufriría por ver que desesperamos de su misericordia y que no imploramos perdón.

Más para religiosos y sacerdotes

Pero la misericordia de Dios resplandece sobre todo con los sacerdotes y los religiosos. Porque por sus pe-

cados merecen ser degradados de su dignidad: es lo que se hace en el mundo con los magistrados y los empleados del estado. Pero en este caso no habría sacerdotes para perdonar a los pecadores. Nuestro Señor es mejor con los sacerdotes y religiosos, más abundante en sus misericordias y más henchido de bondad en su perdón. Y eso porque necesitan más perdón que los demás. Lo cual debe hacerlos misericordiosos para con los pecadores. ¿Cómo no van a perdonar, si ellos mismos son pecadores, repetidas veces han sido perdonados y necesitaran también perdón en adelante?

Agradecemos su misericordia

Tengamos, por tanto, fe en la misericordia de Dios, que no se cansará con tal que la imploremos con humildad y confianza. Harto corta será la eternidad para agradecer cual se merecen sus misericordias infinitas, que tantas veces nos han devuelto la vida y nos salvarán en el día de la justicia del Señor.



La virtud en Cristo

**Aprendamos del ejemplo de Jesús
que es manso y humilde de corazón.**

¿Cuáles son los fundamentos de la santidad? Puede contestarse a esta pregunta diciendo: Jesucristo es modelo, gracia y fin de toda santidad. Es su modelo necesario; en Él debemos ver las virtudes para comprenderlas bien. La virtud no es otra cosa que copia de una de sus virtudes, que imitación de alguno de los actos de Jesucristo. Teóricamente es bueno tratar de definir la virtud en sí misma; más para comprenderla, y más aún para reproducirla sobrenaturalmente, menester es estudiarla en Jesucristo. Si no, se verán y practicarán a lo sumo virtudes naturales.

Cooperar con la gracia

Jesucristo es gracia tanto como modelo de toda virtud. “Sin mí, nada pueden hacer” (Jn 15, 5). De Él hemos de ser ayudados. Trabajar por adquirir o desenvolver una virtud es cooperar a la acción divina sobre nosotros. Él nos ayuda y nos hace obrar aquello mismo que Él hace.

Toda virtud en Cristo

Por eso debe ser Él el fin de las virtudes y de la santidad, y no hay virtud que no deba ser suya para agradar a Dios, ni seremos coronados como no sea en Él y por Él, como miembros

unidos a su única cabeza. Esto supuesto, estudiemos aquellas virtudes de Jesucristo que más necesarias son.

La humildad

La virtud que más descuella en Jesucristo es la humildad: “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29). Quiere que ésta sea su virtud propia y dominante, el fondo de su corazón y de su carácter divino y humano. Se humilla siendo Dios, se humilla también como hombre. En todo y por donde quiera que se le mire, resplandece la humildad, que es su nombre, señal y sello; en frase de san Agustín, nombrar a Jesucristo es mostrar la humildad; “Cuando nombro a Cristo, se les recomienda especialmente la humildad”.

Dos humildades

En cuanto a nosotros, debemos ser humildes a causa de nuestros pecados y por amor a Jesucristo humilde. La primera de estas dos humildades es negativa, y positiva la segunda.

Humilde por amor

No pudiendo humillarse por razón de sus pecados, que nunca cometió, nuestro Señor abraza la humildad por



“...no hay virtud que no deba ser suya para agradar a Dios, ni seremos coronados como no sea en Él y por Él”.

amor, por haberla escogido y complacerse en ella. Es así como Jesucristo pone de manifiesto su humildad, mostrándose dependiente en todo de su divino Padre. A Él refiere toda la gloria; de Él declara recibir su ser, su acción, su palabra y hasta su mismo pensamiento. Cuando se le proclama bueno declara que sólo Dios lo es; si se le piden milagros, comienza orando a su Padre, como quien tiene que pedirle poder, y confiesa que el Hijo del hombre nada tiene por Sí mismo: “El Hijo no puede hacer nada por sí mismo” (Jn 5, 19).

En dependencia del Padre

Como por ser hombre tiene naturaleza humana dependiente de Dios y creada por Él, quiere mantenerla en esta dependencia a los ojos de todos, con el fin de darnos el ejemplo más sublime de humildad. Porque esta humanidad, por estar unida al Verbo, digna era de obrar por sí misma y de recibir obsequios y adoraciones; más nuestro Señor quiere inculcarnos la humildad practicándola con esta dependencia voluntaria y absoluta respecto del Padre.

Abraza las humillaciones

Tratándose de penas y humillaciones naturales, abrázalas de buena gana y las padece hasta sus últimas consecuencias, apurando hasta la hez la humillación de la debilidad, del cansancio, de la tristeza y del abatimiento; del temor, del desaliento y del hastío, y al sufrir estas penas no deja de vivir y hablar como hombre.

Amable humildad

Tal es la humildad de Jesucristo. A buen seguro que la humildad no es amable por sí misma; por eso, basta padecerla con paciencia; pero cuando la vemos en Jesucristo, y practicándola con Él y en Él, ¡cómo cambia de aspecto y cuánto se transforma! Ya no es humillación lo que se ve, sino Jesucristo humillado, el cual en ninguna parte es tan amable como en sus humillaciones.

La humildad en María

Debemos ver la humildad también en María, la más humilde de las criaturas. No estaba obligada a serlo, porque no la obligaban a ello ni los pecados que nunca tuvo, ni el temor de caer en ellos, pues estaba indisolublemente unida con Dios por el amor. Pero quiso serlo por amor, por haberlo escogido; es humildad positiva la suya, que consiste en la entera renuncia y abnegación de sí misma para no vivir ni depender más que de Dios. Por ser humilde encantó a Dios con su pureza y por humildad se hizo madre suya.



Todo contigo Señor

**Aprendamos a ser agradecidos con Dios,
que nos sostiene día y noche con su gracia.**

Refieran todo a Dios, devuélvanle sus gracias, que les presta sólo con el fin de que las hagan fructificar para su provecho y gloria. No se ensoberbezcan por los dones de Dios ni se los apropien como si fueran de ustedes, antes confiesen que les vienen de Dios. No se apoyen sobre ellos como si formaran parte de lo que naturalmente se les debe, sino manténganse en continua y actual dependencia de Dios, como recibiendo siempre y no poseyendo nunca nada. La misma gracia santificante que permanece y les parece cosa connatural, reconozcan que deriva actualmente de Dios, y que sólo por voluntad expresa de su misericordia se las conserva, sin que por ustedes tengan otra cosa que la nada y la imposibilidad más absoluta. Hagan de cuenta que Lucifer no cayó sino porque tuvo por propios los dones recibidos, porque creyó bastarse por sí mismo, siendo así que no existía ni obraba más que por influencia divina de la gracia.

En el trabajo

Dirán acaso que, obrando con la gracia, una parte de los frutos les deben ser atribuidos, cuando no fuese más que por el derecho que se le reconoce al colono sobre los productos con su trabajo obtenidos en tierras de su

amo. Pero tampoco eso se les puede conceder, porque sus trabajos no valen absolutamente nada como no vayan acompañados de la gracia, que a cada momento los eleve y les dé carácter sobrenatural y meritorio; la dificultad es igual al comenzar el trabajo que al continuarlo.

Todo es gracia

Por manera que no hay momento, ni en el comienzo, ni en el medio, ni en el fin, en que podamos pensar que obramos por nosotros mismos, por nuestras fuerzas, sino que siempre y en todo somos movidos, elevados y actuados por la gracia, por Jesucristo, según enseña la teología, bien como miembros que no obran sino bajo la dirección de la cabeza y juntamente con ella, por el espíritu, el movimiento y la vida que les comunica. Jesucristo es nuestra cabeza. A Él sea la honra y la gloria de la victoria, el fruto y los beneficios del trabajo, como se canta en el cielo: “Honor, fuerza, poder y acción de gracias a Dios y al cordero victorioso”.

“Sin mí no pueden nada”

¡Ay! ¡Cuánto se roba a Dios en la vida espiritual! Digamos con san Pablo: “Yo, nada; la gracia de Dios conmigo”



ADORADORES

“...sus trabajos no valen absolutamente nada como no vayan acompañados de la gracia, que a cada momento los eleve y les dé carácter sobrenatural y meritorio”.



(1Co 15, 10). Y grabemos bien en la memoria las palabras de Jesucristo: “Sin mí no pueden nada” (Jn 15, 5). Pero en la práctica el hombre es naturalmente pelagiano. Cree que puede bastarse a sí mismo, y primero recurre a sus propios recursos y medios, echa sus trazas antes de recurrir a Dios. Tan poco persuadido está de su insuficiencia absoluta y de su dependencia

necesaria respecto de Dios. De buena gana consentirá ser ayudado, y pedirá que se le saque de apuros, pero no comenzará por dirigirse a Dios antes de poner manos a la obra.

Renunciar a nosotros mismos

Renuncien a ustedes mismos; sepan a ciencia cierta y habitual que por ustedes mismos no pueden nada, ni aquí ni allá, ni hoy ni mañana, ni para esto ni para aquello, y vayan a Dios en busca de ayuda siempre que quieran hacer algo. Esto es humildad verdadera, ¡y cuántas insensateces se evitarían con ella! Obraríamos milagros si nos condujéramos así, pues Dios mismo actuaría por nosotros. Pero se hace justo lo contrario. ¡Cuánto tiempo se pierde en ensayar, dejar, volver a comenzar y a desistir! ¡Cuántas torres de Babel! Uno trabaja, suda, se cansa; ni se renuncia a pesar del fracaso, pues anda interesado el orgullo. Antes morir que retroceder, cuando se quiere positivamente. Mas como a Dios no se le concede parte alguna, nada llega a feliz término. Por eso mira Dios al trabajo y le echa confusión y ruina.

Dependamos de Dios

¡Alerta en esto! Cuando nos mostramos tenaces en un trabajo a que no nos obliga la obediencia, nos mueve el orgullo y nuestro trabajo se lo lleva el viento. Seamos, pues, humildes antes, durante y después del acto, que es tanto como depender de Dios y estar a su disposición, no apoyándonos en nosotros, sino en su brazo omnipotente.



Jesús del Sagrario

Es el mismo Jesús de Jerusalén y Nazaret, con su mismo Corazón tan lleno y tan rebotante de virtud de sanar, que te espera para que le hagas compañía.



En el Sagrario es mucho más de lo que vemos, por Quien está en él.

Dice el evangelio de Lc 6, 19 *“De Él salía virtud y sanaba a todos”*; Así como el agua del arroyo exhala frescura y humedad, aunque nadie se acerque a sus riberas, como la rosa exhala perfumes, aunque nadie se incline a olerla, así el Corazón de Jesús que vive en el Sagrario está siempre exhalando virtud, abandonado y solo.



Ahora detengámonos a saborear esas palabras

Hablamos de Él, es decir, del Jesús que, por entonces andaba por las calles y plazas, y que ahora vive en los Sagrarios, de Él salía virtud.

¿Cuándo? El Evangelio no señala tiempo ni pone limitaciones. De Él salía virtud siempre; lo mismo cuando se inclinaba ante aquél joven muerto de Naín para resucitarlo, que cuando era cercado y oprimido por la muchedumbre que quería oírlo; lo mismo cuando recién nacido atrae sobre su cuna los cánticos de los ángeles del cielo y los cariñosos obsequios de pastores y reyes, que cuando muerto hace oscurecer el sol, estremecer a los cadáveres en sus sepulcros y quebrantar las piedras. De Jesucristo salía siempre virtud.

¿Cómo era esa virtud?

El Evangelio también me ha hecho la merced de explicarme la naturaleza de esa virtud. ¡Oh, cuánto debemos al Evangelio!

¡Sanaba! Sí, Jesucristo, como Dios que es, tiene poder para dejar salir de Él muchas clases de virtud. Virtud de creador, de dominador, de aniquilador, de juez, no eres tú la virtud que salía de mi Señor Jesucristo.

¡Virtud de sanar!

Sí, ésa es la virtud que, como aroma exquisito, esparcía en torno suyo el fruto bendito de la Madre Inmaculada. ¡Sanar! Cuadra eso tan bien al que

se hizo médico para buscar, no sanos, sino enfermos, pecadores y no justos!

¡Necesitaba tanto de esa virtud nuestra pobre naturaleza!... ¡Sabía Él tan bien que venía a tierra de enfermos del cuerpo muchos, y del alma todos!

Virtud de sanar: ¡cuánta falta hacías a tanto paralítico, ciego, sordo, mudo, herido, muerto, no sólo del cuerpo, sino del alma! Y ¿alcanzará a muchos?

Para todos

¡No tengan miedo, enfermos que esperan que los toque la virtud de Jesucristo!

Que no es virtud para uno solo por cada año como en la piscina de Bethesda, que no es virtud para los hombres de una edad o de un pueblo, como la que han tenido los santos taumaturgos; no tengan miedo, que esta virtud es para todos. ¿Lo oyen bien? Para todos los hombres, de todos los tiempos y de todos los pueblos.

¿No se han fijado en la palabra tan amplia del Evangelio: todos?

¡Oh, cómo ensancha mi alma esa palabra, “todos”!

De modo que yo, pobre criatura, que he venido al mundo veintiún siglos, después de haber pasado por él Jesucristo, exhalando virtud, ¿puedo esperar que a mí me toque también esa virtud? ¿Sí, por supuesto?

Pero, ¿en dónde me encontraré con Él?

¡Soberana realidad de los Sagrarios cristianos, ven a dar a mi alma



ADORADORES



El Corazón de Jesús que vive en el Sagrario está siempre exhalando virtud, abandonado y solo.

la respuesta y la seguridad de su dicha! Dile que sí, que el Jesús de la virtud aquella, vive todavía y vive muy cerca de mí, junto a mi casa, ¡en el Sagrario!

Di a mi alma y di a todas las almas que quieran oír, que en el Sagrario vive el mismo Jesús de Jerusalén y Nazaret, con su mismo Corazón tan lleno, tan rebotante de virtud de sanar y tan abierto para que salga perennemente en favor de todos...

Desde que he meditado así el Sagrario, ¡cómo se ha agrandado ante mis ojos y ante mi corazón!

El Sagrario no está ya limitado por las cuatro tablas que lo forman, ni aun por los muros que lo cobijan. El Sagrario se extiende mucho más. El Sagrario será el límite de las especies sacramentales, pero no de la virtud que debajo de ellas constantemente brota.

Con los aromas más exquisitos

Yo ya miro al Sagrado Corazón de Jesús en el Sagrario como un sol que irradia luz, calor y vida del cielo en torno suyo en una gran extensión, como en un manantial de agua medicinal que corre en muchas direcciones, como un delicioso jardín esparciendo siempre los aromas más exquisitos...

¡Ay!, si nuestros sentidos no fueran tan torpes, ¡qué impresiones tan deleitosas recibirían alrededor de los Sagrarios!

¡Cómo me explico ahora de aquella atracción, que se dice sentían algunos santos hacia el Sagrario, aun ignorado, por cuyas cercanías solían pasar!

¿No sería quizás que, sus sentidos espiritualizados, percibirían ya el ambiente del lugar de los Sagrarios? ... Meditémoslo delante de él. "Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús"/ San Manuel González/ Adaptación



Momento eucarístico hecho poesía

Poetas y escritores cantaron su fe y ofrecieron sus palabras para que nosotros podamos decirle con ellas al Señor Sacramentado cuánto lo amamos.

Te adoro Jesús sacramentado

Señor mío Jesucristo, que por amor a los hombres estás noche y día en este Sacramento, lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo a cuantos vienen a visitarte: creo que estás presente en el Sacramento del Altar. Te adoro desde el abismo de mi nada y te doy gracias por todas las mercedes que me has hecho, y especialmente por haberte dado Tú mismo en este Sacramento, por haberme concedido por mi abogada a tu amantísima Madre y haberme llamado a visitarte en esta iglesia. Amén. *San Alfonso M. Liguori*

Escucha nuestras súplicas

Oh Dulcísimo Jesús, que escondido bajo los velos eucarísticos, escuchas piadoso nuestras súplicas humildes, para presentarlas al trono del Altísimo, acoge ahora los anhelos ardientes de nuestros corazones.

Ilumina nuestras inteligencias, reafirma nuestras voluntades, revitaliza nuestra constancia y enciende en nuestros corazones la llama de un santo entusiasmo, para que, superando nuestra pequeñez y venciendo toda dificultad, sepamos ofrecerte un homenaje no indigno de tu grandeza y majestad y adecuado a nuestras ansias y santos deseos. Amén.

S.S. Pío XII

Oración eucarística

Estoy delante Tuyo, Espíritu de Amor, que eres fuego inextinguible y quiero permanecer en tu adorable presencia, quiero reparar mis culpas, renovarme en el fervor de mi consagración y entregarte mi homenaje de alabanza y adoración. Permite, oh Jesús, que estas horas sean verdaderamente horas de intimidad, horas de amor en las cuales me sea dado recibir todas las gracias que Tu Corazón divino me tiene reservadas. Amén.



Santo eucarístico del mes: 22, san Pedro Esqueda Ramírez

De la Eucaristía extraía su fortaleza y aliento

Pedro Esqueda Ramírez, se esmeró en la formación catequística de los niños y en transmitirles su amor por la Eucaristía.

Pedro nació en San Juan de los Lagos, Jal, México, el 29 de abril de 1887. Sus padres, Margarito y Nicanora, eran tan dignos en su pobreza como fervorosos en su piedad, y así transmitieron a sus tres hijos una fe religiosa muy marcada.

Una vocación desde niño

Su diversión principal era levantar altares pequeños, con todo lo necesario para el culto, y él, con un compañero llamado Mardonio, imitaba la celebración de la Santa Misa. Era muy contento y alegre, a los ocho años de edad, se acercó a recibir por primera vez la Sagrada Comunión, en la fiesta del Sagrado Corazón de 1895.

Entró en el seminario menor de San Julián cuando tenía 15 años, y allí vivió hasta que en 1916 las autoridades civiles decidieron cerrarlo. Eran tiempos difíciles, pues el anticlericalismo presente en los sucesivos gobiernos mexicanos comenzaba a dar la cara.

Ordenado sacerdote en 1918, siempre tuvo a la vista la posibilidad del martirio. “Que le hagan lo que quieran, ojalá fuera mártir”, llegó a decir de Pedro su propia madre, el día que fueron

a advertirla de los peligros que corría por ser sacerdote.

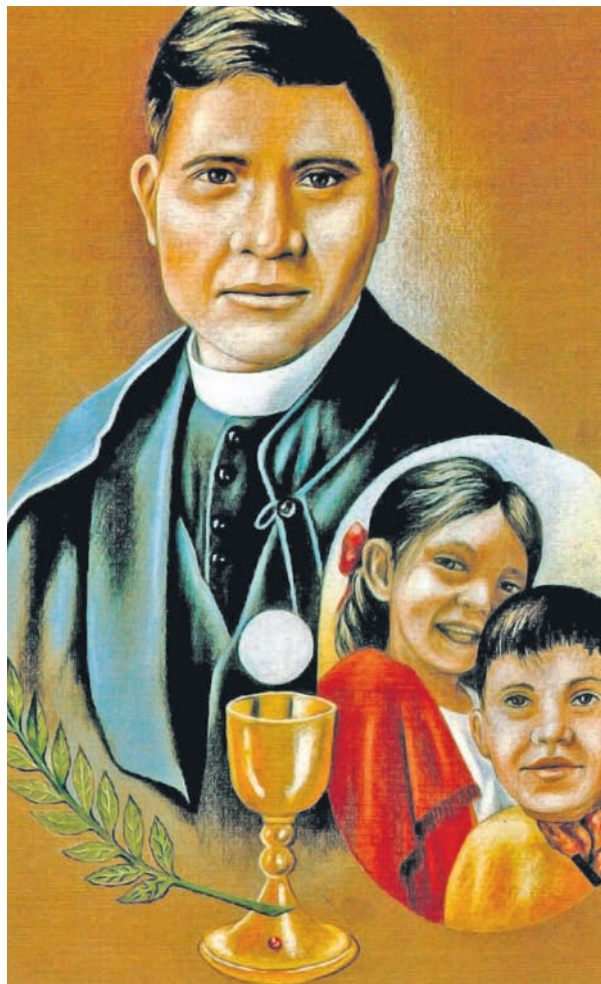
Los niños y catequistas

Dos fueron los colectivos que recibieron de Pedro una especial atención durante los once años que trabajó en su parroquia: los pobres y los niños. A los necesitados daba todo aquello cuanto podía, e incluso más; y con los niños se esmeró en darles formación y en transmitirles su amor por la Eucaristía. Fueron sus confidentes cuando, al estallar la persecución de 1926, les decía: “Niños, ya no habrá catequesis. Pídanle a Dios por los sacerdotes, quién sabe cuántos moriremos”.

Especial devoción al Santísimo

Fundó varios centros de estudio y una escuela para la formación de catequistas. Siempre fue muy devoto del Santísimo. En plena persecución organizaba a las familias para que no faltaran a la guardia perpetua a Jesús Sacramentado en casas particulares.

Organizó una asociación llamada “Cruzada Eucarística”, para impulsar a los niños en el amor y devoción a Jesús Sacramentado. Ponia empeño especial



Ponía empeño especial en preparar a los niños que por primera vez se acercaban a la comunión.

en preparar a los niños que por primera vez se acercaban a la comunión.

Desde el momento de ser apresado fue tan duramente golpeado, que se le abrió una herida en la cara. Un militar, después de golpearlo, le dijo: "Ahora ya has de estar arrepentido de ser cura"; a lo que contestó dulcemente el padre Pedro: "No, ni un momento, y poco me falta para ver el cielo".

Hasta el último, con recomendaciones

El 22 de noviembre de 1927 fue sa-

cado de su prisión para ser ejecutado; los niños le rodearon y el Padre Esqueda insistentemente le repitió a un pequeño que caminaba junto a él: "No dejes de estudiar el catecismo, ni dejes la doctrina cristiana para nada".

Y en un pedazo de papel escribió sus últimas recomendaciones para las catequistas. Al llegar a las afueras del poblado de Teocaltitlán, Jalisco, le dispararon tres balas que cambiaron su vida terrena por la eterna. Fue canonizado por san Juan Pablo II en el 2000. (catholic.net /alfayomega)